

Voltaire y Montesquieu habían nacido y publicaban sus primeras obras; de esta suerte todo estaba preparado para el cambio de las costumbres de la religión y de las leyes. La beatería de los últimos años de Luis XIV, el cansancio de las disputas teológicas, el fastidio de la vieja corte de Saint-Cyr, en fin aquella laxitud del pasado y la avidez del porvenir, naturales á las naciones de carácter ligero, precipitaron á los franceses en un órden de cosas del todo diferente del que espiraba. Luis XV respiró en su cuna el aire infestado de la regencia; con un carácter indeciso y la mas insuperable de las pasiones, se encontró cargado del enorme peso de una monarquía absoluta: su espíritu no le servía mas que para ver sus faltas y sus vicios; era como una luz en su abismo.

El Parlamento que había invalidado el testamento de Luis XIV, y el edicto de 1717, quitó á los príncipes legítimos la cualidad de príncipes de la sangre.

Después de la muerte del regente, el duque de Borbon, primer ministro, casó á Luis XV con la hija de Estanislao Lekzinski, rey destronado de Polonia, especie de augurio para la posteridad de este reino. El abad Fleury, preceptor del rey, llegó á ser primer ministro, después del duque de Borbon, y recibió el capelo de cardenal: este anciano sacerdote dió fuerzas á la Francia agotada, dejándola restablecerse por sí misma con el auxilio de su temperamento robusto: cosa que todo el mundo ha dicho.

Sostuvieronse dos guerras con el Austria; el vencedor de Denain reapareció en los campos de batalla á la edad de ochenta y tres años. Al saber la muerte del mariscal de Berwick, muerto de un cañonazo, exclamó con jovialidad: «Este hombre ha sido siempre feliz.» Federico y Maria Teresa aparecen en la escena.

El cardenal de Fleury murió, y el rey gobernó por sí mismo. Cayó enfermo en Metz; si hubiera muerto habría sido llorado; la Francia le llamaba el Bien-Amado. Batalla de Fontenoy; El pretendiente bajó á Escocia, ganó dos victorias y no avanzó sobre Londres: el tiempo de los Estuardos había ya pasado. Mientras que la Francia caminaba á su ruina, la Inglaterra llegaba al mas alto grado de su poder. A esa época se relieron la paz de Aix-la-Chapelle, las quejas parlamentarias de los jansenistas, el asunto de las cédulas de confesion, el conflicto del arzobispo de Paris, Beaumont, y los administradores del Hospital, y el atentado de Damiens contra la vida del rey.

Estalló la guerra entre Francia é Inglaterra, con motivo de los límites del Canadá. Por la primera vez se leyó el nombre de Washington en la relacion de un oscuro combate dado en los bosques, hácia el fuerte de Duchesne, entre algunos salvajes, algunos franceses y algunos ingleses (1754). ¿Quién es el empleado en Versalles ó el proveedor del *Parque de los Ciervos*; quién es, particularmente, el hombre de corte ó de academia que hubiera querido cambiar en aquella época su nombre por el de aquel plantador americano? En esta misma época, el niño que debía un día tender su mano compasiva á Washington acababa de nacer. ¿Qué de esperanzas unidas á esta cuna! Era la de Luis XVI. El duque de Choiseul fue encargado del departamento de Negocios Extranjeros, en reemplazo del abad de Bernis, nacido de sus canciones é hijo de sus versos tan profundamente olvidados. Hombre hábil, cortesano diestro, aunque altanero y ligero, el duque de Choiseul debió sus progresos políticos á madama Pompadour, que nombraba los ministros, los obispos y los generales. Esta mujer, que Maria Teresa enloqueció, llamándola su *amiga*, precipitó á la Francia en la guerra vergonzosa y fatal de 1757.

El duque de Choiseul es el autor del *Pacto de familia*; se le debe la creacion de los cuerpos de artillería é ingenieros: la expulsion de los Jesuitas de toda

la cristiandad católica, fue en parte obra suya. Cuando se expulsaron los Jesuitas, su existencia no era dañosa al Estado; se castigó lo pasado en lo presente; esto sucede con frecuencia entre los hombres; las *Cartas provinciales* habían quitado á la Compañía de Jesús su fuerza moral. Y sin embargo, Pascal no es mas que un calumniador ingenioso; nos ha dejado una mentira inmortal.

Después de la muerte de madama Pompadour, el duque de Choiseul no quiso aceptar la proteccion de madama Dubarry; estaba sostenido en este escrúpulo por la duquesa de Grammond, su hermana, y por madama de Beauvan. Las grandes damas de la corte, que habían aceptado un taburetillo en casa de madama de Pompadour, se escandalizaban del mismo favor ofrecido en casa de madama Dubarry. Luis XV les parecia faltaba á lo que debía ó su nacimiento, haciéndoles la injuria de no elegir entre sus filas sus cortesanas; la nueva querida del príncipe pareció como un ultraje á los derechos de la sangre noble, precisamente porque ella estaba en su lugar. El canceller de Francia, Maupeou, el duque Aiguillon y el abad Terray, se valieron de madama Dubarry para hacer despedir al duque de Choiseul. Esta mujer degradada, no era perversa; tenia inclinacion al vicio de querer agradecer á todos; hubiera voluntariamente servido al primer ministro, si este no hubiera causado recelos á su orgullo. Maupeou acababa de atacar la monarquía parlamentaria, que trataba de volver á revivir; el duque de Choiseul fue envuelto en la desgracia de los magistrados; relegado á Chanteloup (1770), allí languideció en un destierro insolente que acusaba la debilidad y la rápida decadencia de la monarquía absoluta. La duquesa de Choiseul, la duquesa de Grammond y la condesa de Dubarry, vivieron lo bastante, la primera para reivindicar su ilustre amigo, el abad Barthelemy, en los tiempos revolucionarios; la segunda para subir intrépidamente al cadalso; y la tercera para llevar al mismo cadalso la debilidad de su vida, y luchar con el verdugo delante de las *Tejedoras*, parcas ebrias y bajas que podían saborear la sangre de Maria Antonieta; pero que debieron respetar la de la señorita Lange.

El reinado de Luis XV concluyó por el destierro de los parlamentos, el proceso de la Chalotais, la muerte del gran Delfin, el casamiento de su hijo mayor y de la archiduquesa de Austria, y la particion de la Polonia; diferentes especies de calamidades. Luis XV murió el 10 de mayo de 1774, á los sesenta y cinco años de edad.

El reinado de este príncipe es la época mas deplorable de nuestra historia; cuando se buscan en él los personajes, nos vemos reducidos á escudriñar las antecámaras del duque de Choiseul, los guardaropas de las Pompadour y de las Dubarry, nombre que no se sabe cómo elevar á la dignidad de la historia. La sociedad entera se desconcertó; los hombres de Estado, vinieron á ser hombres de letras; los literatos hombres de Estado; los grandes señores banqueros y los labradores generales y grandes señores. Las modas eran tan ridículas como las artes de mal gusto; se peinaban á lo pastora con rodetes en los salones en donde los coroneles bordaban. Todo estaba desordenado en los espíritus y en las costumbres, signo cierto de una revolucion próxima. Los magistrados se ruborizaban de llevar la toga, y se burlaban de la gravedad de sus padres; los sacerdotes en el púlpito evitaban el nombre de Jesucristo, y no hablaban mas que del *legislador de los cristianos*; los ministros caían los unos sobre los otros; el poder se resbalaba de todas las manos; el supremo *buen tono* era ser inglés en la corte, prusiano en el ejército, todo, en fin, escepto francés. Lo que se decia, lo que se hacia, no era mas que una serie de inconsecuencias; se pretendia conservar las abadías y las encomiendas; pero no se que-

ria religion; ninguno podia ser oficial, sino era huérfano, y se declamaba contra la nobleza; se introducía la igualdad en los salones y los garrotazos en los campos.

La sociedad tenia algo de pueril, como la sociedad romana en el momento de la invasion de los bárbaros: en lugar de hacer versos en los claustros, se hacían en los tocadores de las señoras; una cuarteta bastaba para hacerse ilustre. La intriga elevaba y derrivaba cada día á un nuevo ministro; esas criaturas efímeras que llevaban al gobierno su ineptitud, traían tambien consigo un espíritu antipático á los que les habían precedido y de aquí aquel cambio continuo de sistemas, de proyectos, de vistas. Estos enanos políticos iban seguidos de una nube de comisionados, lacayos, aduladores, comediantes y mancebas. Todos estos seres de un momento se apresuraban á chupar la sangre del miserable, y se abismaban bien pronto ante otra generacion de insectos, tan efímera y devoradora como la primera.

Mientras que el pueblo perdía á la vez sus costumbres y su ignorancia, sordo al ruido de una vasta monarquía que se desplomaba, la corte se arrojó mas que nunca en un despotismo que jamás había ejercido. En lugar de engranecer sus planes, elevar sus pensamientos en progresion relativa al acrecentamiento de las luces, estrechaba sus preocupaciones, no sabia ni someterse al movimiento de las cosas, ni oponerse á ellas con vigor. Esta miserable política que hace que un gobierno se limite cuando el espíritu público se extiende, es notable en todas las revoluciones; es querer inscribir un grande círculo en una pequeña circunferencia; el resultado no es dudoso. La tolerancia se fue aumentando y los sacerdotes hicieron sentir y ejecutar un jóven que, en una orja, había insultado un crucifijo; el pueblo se mostraba inclinado á la resistencia, y tan pronto se le toleraba, siu deber hacerlo, como se le contrariaba imprudentemente; el espíritu de libertad apareció y se multiplicaron las providencias judiciales secretas. Al ver al monarca adormecido en la voluptuosidad de cortesanos corrompidos, de ministros malos é imbéciles, y de filósofos, los unos minando la religion, los otros el Estado; de nobles, ó ignorantes, ó atacados de los vicios del día; de eclesiásticos, ignominia de su estado, en Paris, y llenos de preocupaciones en las provincias; podía uno imaginarse estar viendo una multitud de obreros empleados en demoler un grande edificio.

Sin embargo, como el pueblo francés no puede nunca ser reducido del todo á la oscuridad, ganaba todavía la batalla de Fontenoy. Para impedir la prescripción contra la gloria, d'Assas, en los campos de Clostercamp, exclamaba: «¡A mí, Auvergne, hé ahí el enemigo!» Para mantener los derechos de la Francia al talento literario escribían Montesquieu, Voltaire, Bufon y los dos Rousseau. Y de aquí es de donde es preciso tomar la grande perspectiva del siglo xviii, tan lastimoso como parece al primer golpe de vista. Las diversas clases de la sociedad estaban igualmente corrompidas; la corte y la ciudad, los literatos, los economistas y los enciclopedistas, los grandes señores y los hidalgos, los hacendistas y los individuos de la clase media, se parecían, como puede verse por las Memorias que nos han dejado. Pero sería designar causas demasiado pequeñas á la revolucion, el huscarias en aquella vida de hombre de improvisada fortuna, en aquella vida de teatros, de intrigas galantes y literarias, unida á golpes de Estado en el Parlamento y en los enojos de un despotismo en decrepitud. Este bastardeamiento de la nacion contribuyó, sin duda, á disminuir los obstáculos que debía encontrar la revolucion; pero no fue la causa eficiente de ella, ni llegó á ser mas que una causa auxiliar.

La civilizacion venia progresando hacia seis siglos:

se habían destruido muchas preocupaciones y mil instituciones opresivas estaban derribadas. La Francia había sucesivamente recogido algo de las libertades aristocráticas feudales, del movimiento municipal, del impulso de las Cruzadas, del establecimiento de los Estados, de la lucha de las jurisdicciones eclesiásticas y señoriales, del largo cisma, de los descubrimientos del siglo xvii, de la reforma, de la independencia del pensamiento durante las revueltas de la liga y las desavenencias de la Fronda, de los escritos de algunos genios atrevidos, de la emancipacion de los Países-Bajos y de la revolucion de Inglaterra. La prensa, aunque encadenada, conservó el depósito de estos recuerdos bajo la monarquía absoluta de Luis XIV; la libertad durmió; pero no se derogó, y esta antigua libertad, como la antigua nobleza, han recobrado sus derechos volviendo á tomar la espada. Las generaciones del cuerpo y las del espíritu conservan el carácter de su respectivo origen. Todo lo que produce el cuerpo muere como él: todo lo que produce el espíritu es imperecedero como el mismo espíritu. Las ideas no están engendradas todas todavía; pero cuando nacen es para vivir sin fin, y constituir el tesoro comun de la raza humana.

Se acercaba la época en que se iba á ver aparecer aquella libertad nueva, hija de la razon, que debía reemplazar la antigua libertad, hija de las costumbres. Sucedió que la corrupcion misma de la regencia y del siglo de Luis XV, no destruyó los principios de la libertad que hemos recogido, porque esta libertad no tiene su manantial en la inocencia del corazón, sino en las luces del espíritu.

En el siglo xviii, los negocios quedaron en silencio para dejar el campo de batalla a las ideas. Sesenta años de un innoble reposo dieron al pensamiento lugar para desarrollarse y para subir y bajar á las diversas clases de la sociedad, desde el hombre del palacio, hasta el habitante de la choza. Las costumbres debilitadas se encontraron por lo mismo dispuestas (como lo acabo de hacer notar) á no ofrecer resistencia al espíritu, lo que hacen frecuentemente cuando son jóvenes y vigorosas.

Montesquieu, Rousseau, Raynal mismo y Diderot, al través de sus declamaciones, fijaron la atencion de la muchedumbre sobre los derechos de la libertad política. Se comenzaba á conocer mejor á la Inglaterra, y se comparaban los dos gobiernos. Voltaire operaba una revolucion en las ideas religiosas. Si la religion era llevada hasta el ultraje, si tomaba un caracter sofístico y mezquino, conducía, sin embargo, á aquel descarte de las preocupaciones que debía hacer florecer la época del verdadero cristianismo. La grande existencia de aquel siglo es la de Voltaire. Todos los soberanos escribían a este hombre ilustre y se creían adulados con recibir una palabra de su parte: Ferney era la corte europea. Este homenaje universal, tributado al genio que minaba con golpes formidables los fundamentos de la sociedad entonces existente, era característico de la transformacion próxima de esta sociedad. Y no obstante es cierto que si Luis XV hubiera hecho la menor caricia al adulador de madama de Pompadour, que si le hubiera tratado como Luis XIV trataba á Racine, Voltaire hubiera abdicado el cetro, hubiera trocado su poder por una distincion de antecámara: lo mismo que Cromwell estuvo á punto de cambiar lo que es hoy día en la historia, por la distincion de llevar la liga de Alx de Salisbury: tales son los misterios de las vanidades humanas.

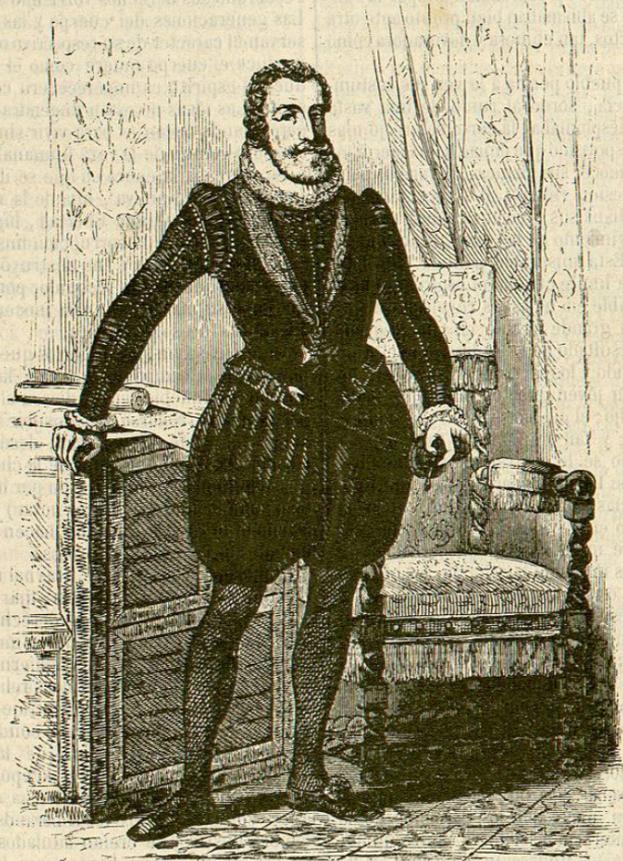
Tal fue la obra desapercibida de sesenta años, tal fue un resultado en apariencia tan poco parecido á su causa, y es que en el momento en que la revolucion estalló, pareció cosa asombrosa que tanta debilidad, servilismo y locura hubiesen depositado tanta fuerza, libertad y razon en las actas de tres Estados

y es que en aquellas actas brillaba el trabajo de las luces del espíritu, y no el de la corrupción de las costumbres. Catilina y los jóvenes patricios sus cómplices, meditaron en medio de sus desarreglos la ruina de la libertad romana; los jóvenes nobles de Francia salieron de los brazos de las cortesanas de alta ó baja sociedad, para expresarse en la tribuna apenas abierta, con el lenguaje de los hombres libres.

Luis XVI había comenzado la aplicación de las teorías inventadas, bajo el reinado de su abuelo, por los economistas y los enciclopedistas. Este príncipe, hombre honrado, restableció los parlamentos, suprimió la servidumbre corporal, y mejoró la suerte de los protestantes; en fin, el socorro que prestó a la

revolución de América (socorro injusto según el derecho privado de las naciones; pero útil á la especie humana en general), acabó de desarrollar en Francia los principios de la libertad. La monarquía parlamentaria, saliendo al fin del seno de la monarquía absoluta, llamó la monarquía de los Estados; y la monarquía de estos, remitió á su vez á la monarquía constitucional los poderes que había recibido hereditariamente de los Estados de 1355 y 1356. Entonces fue cuando el rey mártir dejó de existir.

Entre las pilas bautismales de Clodoveo y el cadalso de Luis XVI, debe colocarse el grande imperio cristiano de los franceses. La misma religión dominaba en las dos barreras que marcan los dos límites de este



ENRIQUE IV.

largo período histórico. «¡Orgullo! o Sicambros! inclina el cuello, adora lo que has quemado, quema lo que has adorado,» dijo el sacerdote que administraba á Clodoveo el bautismo de agua. «¡Hijo de San Luis, subid al cielo!» dijo el sacerdote que asistió á Luis XVI en el bautismo de sangre.

El viejo mundo quedó sumergido, y cuando las olas de la anarquía se retiraron, Napoleon apareció á la entrada de un nuevo universo, como aquellos gigantes que la historia profana y sagrada nos pujan en la cuna de la sociedad y que aparecieron en la tierra después del diluvio.

FIN DEL ANALISIS RAZONADO DE LA HISTORIA DE FRANCIA.

## INDICE

## DE LO CONTENIDO EN ESTA OBRA.

	PAGS.		PAGS.
PRIMERA RAZA.	3	fort.—Aventura de Gautier de Mauny y don	
SEGUNDA RAZA.	10	Luis de la Cerda.	58
TERCERA RAZA.		Amores de Eduardo III y la condesa de Salis-	
Hugo Capeto.—Desde el año 987 al 996.	20	bury.	60
Roberto.—Desde el 996 al 1031.	21	Caida de Artavelle.	62
Enrique I.—Desde el 1031 al 1060.	id.	Invasión de la Francia por Eduardo.	64
Felipe I.—Desde el 1060 al 1108.	22	Rendición de Calais.	76
Luis VI.—Desde el 1108 al 1137.	23	Muerte del rey.	78
Luis VII.—Desde el 1137 al 1180.	24	Juan II.—Desde su advenimiento al trono	
Felipe II.—Desde el 1226 al 1270.	25	hasta la batalla de Poitiers.—Desde el 1350 al	
Luis VIII.—Desde el 1223 al 1226.	26	1356.	id.
Luis IX.	id.	Trátase del rey de Navarra.	79
Felipe III.—Desde el 1270 al 1285.	27	Los tres estados.	id.
Felipe IV.—Desde el 1285 al 1314.	id.	Batalla de Poitiers.	80
Luis X.—Desde el 1314 al 1316.	30	ANÁLISIS RAZONADO DE LA HISTORIA DE FRANCIA.	
Felipe V.—Desde el 1316 al 1322.	32	Desde la batalla de Poitiers en tiempo del rey	
Carlos IV.—Desde el 1322 al 1328.	33	don Juan hasta la revolución de 1789.	
Feudalismo.—Caballería.—Educación y cos-		Juan II.—Desde el 1356 al 1364.	87
tumbres generales de los siglos XII, XIII y XIV.	35	Carlos V.—Desde el 1364 al 1380.	91
Caballería.	41	Carlos VI.—Desde el 1380 al 1422.	92
Educación.	44	Carlos VII.—Desde el 1422 al 1461.	95
Costumbres generales de los siglos XII, XIII		Luis XI.—Desde el 1461 al 1483.	98
Y XIV.	45	Carlos VIII.—Desde el 1483 al 1498	100
HISTORIA DE FRANCIA.		Luis XII.—Desde el 1498 al 1515.	101
Felipe VI llamado de Valois.—Desde el 1328		Francisco I.—Desde el 1515 al 1547.	102
al 1350.	55	Enrique II.—Desde el 1547 al 1559.	108
Voto de la garza real.	56	Francisco II.—Desde el 1559 al 1569.	id.
Pérdida de los franceses en la batalla naval		Carlos IX.—Desde el 1560 al 1574.	109
de Scluse.—Gondemaro de Fay.—Causas de los		Enrique III.—Desde el 1574 al 1589.	112
errores cometidos en esas guerras del siglo XIV.	id.	Enrique IV.—Desde 1589 al 1610.	130
Guerra de Bretaña.—Los bretones.	57	Luis XIII, Luis XIV, Luis XV y Luis XVI.	
Sitio de Hennebon.—Juana, condesa de Mont-		—Desde 1610 al 1793.	136

FIN.